

bula de ereccion con fecha 12 de Diciembre de 1875, remitiéndosela al que éste le había designado para Rector, al ya mencionado presbítero Fr. Federico.

Este á su vez presentó el tan deseado diploma, que acababa de recibir de Roma, en la curia de Nola para que lo ratificara, poniendo su sello el Ilmo. Monseñor: y así, mientras se cumplían estas formalidades, pasó todo el mes de Diciembre.

### CAPÍTULO III.

EL AÑO 1876.

#### § I.—El Óbolo de la viuda del Evangelio.

Llega ya el faustísimo y memorable año de 1876, fecha gloriosa, de cara y perdurable memoria en los anales de este santuario, como que con ella amanecía para éste una nueva era de misericordia y de miseraciones divinas que habían de transformar este valle de desolacion y de muerte, en tierra de promision y en un campo bendecido por el mismo Dios..... *cui benedixit Dominus.*

El astro del dia radiante como en los más hermosos dias de primavera, el cielo engalanado

con un azul encantador, con ambiente templado por las apacibles corrientes que al pasar por el perímetro vesuviano pierden, aún en el corazón del invierno, su algidez, todo contribuía á hacer más espléndido y más memorable todavía el primer dia de aquel inolvidable año, haciéndonos pasar — por lo apacible de la temperatura de ese magnífico dia — la fiesta de la Circuncision por la Páscoa florida.

El Ilmo. Monseñor de Nola nos había dado dos importantes consejos: el primero, no poner manos á la obra antes de contar con un presupuesto que bastase, por lo menos, para hacer frente á los primeros gastos que nos había de ocasionar una obra de esa naturaleza; y el otro, que la cuota con que los vecinos habían de contribuir á la edificacion de la Iglesia no excediese de cinco céntimos mensuales por cada persona.

—Diez céntimos— decía el ilustre Prelado — al fin del año concluyen por cansar á la gente, mas la oferta de solos cinco céntimos á nadie puede molestar.

Tenía tambien otro nobilísimo fin esta tan insignificante oferta, y era el de acostumbrar á estos rústicos á la piadosa y santa práctica de la cristiana caridad, y hacerlos á la vez acreedores al grandísimo mérito de la edificacion.

de un nuevo local destinado para tributar en él á la altísima Majestad de Dios los homenajes de su adoracion, con grande aprovechamiento de sus almas y con no menores ventajas en el órden moral y social.

Debía, pues, de nuevo comenzar á girar por todos estos campos, é irme de casa en casa y de cabaña en cabaña á recaudar la módica cuota de cinco céntimos, pero no ya —como antes— para promover una fiesta popular, sino con el nobilísimo objeto de edificar una iglesia, un templo al Señor de la majestad, y una casa de oracion para los hombres. En compañía, pues, de mi primer amigo y cooperador en Pompeya, D. Genaro Federico, salí en ese hermosísimo dia, principio del mencionado año de 76, y principio tambien de una nueva y gloriosísima era para esta tierra, á recoger el óbolo de los pobres campesinos, fruto del sudor de los pobres esclavos de la gleba.

Siente hoy mi alma indecible contento al leer los nombres de los primeros contribuyentes, que tengo inscritos en una libreta que conservo con cuidado, por ser la que me recuerda las primicias consagradas á nuestra celestial y queridísima Madre.

Fueron trescientos los que se suscribieron entre los habitantes de Pompeya: y la pingüe

cosecha con que nos brindó aquel memorable año, fueron quince liras.

Pero entónces me parecieron esas quince liras una gran cosa, y un principio tan próspero que no debía despreciarse. Acordéme del óbolo de la viuda del Evangelio, y de las solemnes y encomiásticas palabras de Jesu-Cristo, que nos refiere el Evangelista San Márcos: «En verdad os digo, que esta pobre viuda ha dado más que todos:» *Amen dico vobis, quoniam vidua hac pauper plus omnibus miset qui miserit in gazophylacium (1).*

Aquellas quince liras equivalían á los millones de los ricos; fueron la primera semilla que muy en breve había de producir una abundante cosecha. Los pobres fueron los primeros que contribuyeron para la edificacion de una iglesia, que luego había de trasformarse en un santuario de fama universal: y los pobres de todas nacionalidades han proseguido despues el hermoso ejemplo de los primeros. Sí; el óbolo del pobre, que atrae poderosamente copiosas bendiciones del cielo, ha contribuido eficazmente á la suntuosidad, magnificencia, esplendor y riqueza de este santo templo del Señor de la majestad.

(1) Marcus, cap. XII, v. 43.

Así estaba dispuesto en los altísimos é inescrutables designios de Dios. En otros tiempos eran los reyes, eran los Papas, eran los príncipes y los poderosos de la tierra, los que emprendían las obras colosales de nuevos templos grandiosos y de nuevas y ventajosas instituciones religioso-sociales.

Háso cambiado en Pompeya este orden de cosas. Aquí se levantará majestuoso un templo monumental, cuya fama de santidad volará en alas del vapor por todos los ámbitos del mundo, y su gloria llamando poderosamente la atención de los creyentes, los atraerá numerosos en torno de su sagrado recinto; pero su primera piedra, su piedra angular, fué el precio del sudor que bañara la adusta y arrugada frente del indigente y laborioso agricultor, y su incremento y su desarrollo no dependerán, por supuesto, ni de las rentas fijas, ni de las subvenciones de los potentados de la tierra, ni de la protección y amparo de los magnates ni de los Cresos de este mundo; no; pues serán el fruto de la caridad de los fieles; la caridad de los devotos de la gran Madre de Dios, que es inagotable en sus recursos, labrará toda la magnificencia y suntuosidad de esta casa del Dios vivo. ¿Y su porvenir?... ¡Ah! Su porvenir descansa seguro sobre los innumerables beneficios que la Madre de misericordia

dispensa á los que con filial confianza acuden á su valioso patrocinio; está bien afianzado en las lágrimas que la soberana Consoladora de los afligidos enjuga á los mortales; en los trabajos de que, siempre misericordiosa, los alivia; en las aficciones y penas que mitiga; en el dulce y celestial bálsamo que vierte, bondadosa y compasiva siempre, la divina Madre de los desterrados hijos de Eva, sobre las muchas heridas de la mísera humanidad.

## §. II.—Las primicias de la ciudad de Nápoles.

Bien comprendía yo que con las ofertas de los pobres y menesterosos labriegos de Pompeya, nunca podría llegar no digo á edificar una iglesia, cualquiera que fuese, pero ni siquiera á construir los cimientos. Hube, pues, de acudir á algun otro expediente de mayores resultados.

Pensé en las muchas y valiosas relaciones y amistades que teníamos en Nápoles la Condesa de Fusco y yo. La Condesa encaminó sus primeros pasos al populoso barrio denominado *Largo Petrone alla Salute*, donde la culta y piadosa señorita Volpicelli había establecido una pía asociación de señoras para proveer á las necesidades de las iglesias pobres. Fué la Sra. D.<sup>a</sup> María

Irbicella á quien cupo la suerte de ser la primera celadora de esta obra. Por un efecto de su profunda humildad, trató en un principio de evadir este compromiso, so pretexto de no poder corresponder como requería la grandeza del proyecto, por las múltiples atenciones que continuamente le robaban todo el tiempo disponible, aún cuando tuviese mucho más, como madre que era de una numerosa familia, y también porque eran ya las obras de beneficencia nacidas al calor de la privada caridad que se alimentaban siempre con las limosnas de un mismo determinado número de caritativas personas, que por muy buena é ilimitada que fuese su voluntad de atender á esta otra, lo harían poco menos que imposible sus limitados recursos. Pero la Madre de misericordia, que para la grandiosa obra de su hermoso santuario de Pompeya quería servirse de los instrumentos que el falaz criterio del mundo juzga ménos aptos, comunicó tan maravillosa eficacia y tantos atractivos á las diligencias y á las palabras de la piadosa señora, que muy en breve tuvo el gran consuelo de ver suscritos centenares de familias á la benemérita obra en proyecto de una nueva iglesia en el Valle de la nueva Pompeya. Entónces la fervorosa señora antes citada, viéndose convertida en centro—por decirlo así—de todos los devotos

oferentes, hubo de elegir otras celadoras para que la ayudasen á coleccionar las ofertas de los asociados, y á promover más y más una obra que, á juzgar por los principios, presagiaba un brillante éxito.

Por supuesto que entre las primeras asociadas á la obra, se contaba también la antes mencionada señorita Volpicelli, con otras celadoras del Corazon adorabilísimo de Jesus, entre las cuales distinguiéronse muy especialmente dos que más parecían ángeles en carne humana que mujeres, que ahora —juzgando piadosamente— tendrán la incomparable dicha de «seguir al Cordero á donde quiera que vaya», según la frase de la Sagrada Escritura: *Hi sequuntur Agnum quocumque ierit* (1). Su memoria estará con indelebles caracteres esculpida en nuestros agradecidos corazones, y será bendecida por cuantos tuvieron la suerte de conocerlas.

Fué la primera la eximia princesa Doña Margarita de Santobono, madre—puede decirse—de la Orden Tercera de Santo Domingo en nuestros días, señora de una piedad eminente y de una caridad heróica, que nos amaba á la Condesa de Fusco y á mí con un amor verdaderamente fraternal. Era la otra la señorita Ernestita Freda,

---

(1) Apocalyp ps. cap. XIV, v. 4.

jóven de ejemplarísima conducta, á quien á tiempo escogió la soberana Reina del Rosario para que fuese la compañera constante de la Condesa en la enojosa tarea de colectora del óbolo de los asociados.

La cuota era reducidísima en extremo, y su misma pequeñez daba ocasion á no pocas personas para considerar como una verdadera utopia el proyecto de erigir una iglesia en Pompeya. Y de aquí, sin duda, tomaban la libertad de dirigir á nuestras colectoras frases que zaherían sus más delicadas fibras, dichos punzantes que las cubrían de confusion, y otras mil faltas de consideracion y de respeto que pusieron de realce las grandes virtudes que adornaban á nuestra angelical señorita Freda que, por espacio de cinco años que acompañó á la Condesa en el pesado y odioso cargo de colectora, apuró toda la hez de las befas y de las sarcásticas expresiones de unos, y de las torvas y ceñudas miradas de otros, con una inalterable paz de su alma y con una paciencia tal, que tenían mucho de heróico.

Era la virtuosa señorita el tipo verdadero de la mujer fuerte de que habla Salomon (1): incansable, superior á la fatiga y de una constancia inquebrantable, ni su poca salud, ni la debilidad

(1) De parab. cap. XXXI.

de su cuerpo, ni sus frecuentes ataques, fueron parte para que dejara de ocuparse con verdadero ahinco en todo lo que concernía á la gloria de Dios y á los intereses de esta Obra.

Tan pronto como tuve la dicha de conocer á esta celosísima alma, se la presenté al R. P. M. Radente, quien la inscribió en la Orden Tercera, de la cual fué, al par que precioso ornamento, fervorosísima alumna, que terminó felicísimamente su carrera mortal trabajando incesantemente en pró de los intereses religiosos en la iglesia de los RR. PP. Dominicos *de Vomero*, la cual había escogido nuestra fervorosa Terciaria para centro de su actividad y teatro de su incansable celo.

El nombre de tan benemérita Terciaria, que en medio de un mundo tan egoísta y tan sensual como el nuestro llegó á ser hermoso dechado de virtudes cristianas, brillando en ella con especial fulgor la caridad y la modestia, quedará grabado y se recordará con reconocimiento, no solo en los fastos de la iglesia de *Santa María la Libera sul Vomero*, sino tambien en la historia del Santuario de Pompeya.

Yo tambien, inspirándome en los grandes ejemplos de celo y de religiosa piedad que daban las mencionadas señoras, y deseando tener parte en la venturosa suerte que las cupiera de

trabajar y padecer por la gloria de nuestra celestial y misericordiosísima Madre, comencé á mi vez á solicitar suscripciones. La primera casa á cuya puerta llamé, fué la de la baronesa di Castro de Rosa. Suscribióse ésta á nombre tambien de todos los de su familia, sirviéndose despues con feliz acuerdo presentarme á los virtuosos señores Ricuardi y su muy cristiana familia, que vivían en frente. Acogió favorablemente y con tan grande entusiasmo la fervorosa y santa viuda Concepcion Galluccio—que ya goza en el cielo de la corona inmarcesible de sus muchas virtudes—el proyecto de levantar en el desierto y desventurado valle de Pompeya el glorioso estandarte del Rosario, que luego comunicó tan feliz nueva á sus numerosos conocidos, amigos y parientes, y á sus hermanos, Padres de la ínclita Compañía de Jesus. No tardaron en asociarse á tan buena obra las familias de los Sres. Pandolfelli, y los muchos amigos que frecuentaban su casa.

Me dirigí tambien á las muy ilustres familias del Sr. Marqués D. Francisco Imperiali, tipo de la verdadera beneficencia y nobleza cristianas, y de la piadosa señora Marquesa de Lacio, D.<sup>a</sup> Irene Imperiali, que tanto enaltecen con el esplendor de sus virtudes á la aristocracia napolitana, y que á mí me distinguían con

especial y generoso cariño. Todas las personas de sus respectivas familias tuvieron á grande honra concurrir á tan loable y religioso objeto.

§ III.— Se bendice de nuevo el cuadro,  
y se establece canónicamente  
la Cofradia del Rosario.

Hácia los últimos dias de Enero de 1876 fué cuando por fin nuestro pintor Galella vino á entregarme el tan asendereado cuadro. ¡Pobrecito! no llegaba á más toda su habilidad artística. No había hecho sino rellenar de materia colorada las rasgaduras del lienzo, dándole luego una mano de barniz para que pareciese nuevo y flamante á guisa de una pintura acabada de salir del estudio de su autor. Pero aquella tintura no borraba las líneas irregulares del rostro de la más bella de las criaturas. Era la misma la cara de la Virgen sin mancilla, fea y disgustosa, pues no se atrevió—quizá por reverencia—á poner en ella sus manos, como tampoco en su cabeza, que la dejó como se hallaba ántes, sin la aurela de gloria y sin el espacio de tela que pide el arte, para que la cabeza de la efigie no toque en el cerco que guarnece el cuadro. Lo propio se diga de la otra figura del lienzo, que representaba á la primera santa del nuevo mundo, santa Rosa de

Lima: es decir, en la intencion del autor debía representar la hermosísima flor de Lima, pero en realidad no representaba sino á una vulgar y rústica campesina coronada de rosas, pudiéndose muy bien aplicar al pintor la tan conocida metáfora de Horacio: . . . . . *Amphora cœpit institui; currente rota, cur urceus exit?* (1)

Quería pintar la fragante rosa de santidad peruana, y en su lugar salió de sus manos una rústica aldeana. Su hábito blanco sin pliegues y sin la conveniente distribucion de luz y de sombras, parecía más bien una tabla pesada, que cayendo sobre el pecho de la Santa, la inclinaba hácia atrás.

Notables, por cierto, eran estos defectos de arte que afeaban el cuadro, mas, á pesar de ellos, al ménos así como estaba restaurado, podía exponerse á la pública veneracion sin riesgo de impedirnoslo la Santa Visita.

Recibido, pues, el cuadro con cierta relativa satisfaccion, dirigiéndome con cierto gracejo al pintor, preguntéle cuánto quería por su trabajo. —Sesenta liras— me contestó.

—¿Cómo? ¡sesenta liras! Si todo el cuadro no nos ha costado mas que tres, ¿cómo, pues, puede V. pedirnos sesenta?

(1) Horatii Epist. ad Pis.

—He dicho sesenta liras, y no admito réplica ninguna, porque mi trabajo vale mucho más, siendo así que solo en colores y barniz habré gastado más de sesenta liras.

—Si es así—le contesté—tome V. el cuadro, que yo no lo quiero á ese precio. Volverá á ocupar su puesto, hasta que no esté construida la nueva iglesia, la primera imágen que ha recibido aquí las primicias de un culto que, con el trascurso del tiempo, ha tomado tan maravilloso incremento.

Pero el pintor, que era verdaderamente un buen cristiano, como se informara mejor del destino del cuadro y del empeño y de los esfuerzos de los pobres aldeanos para edificar su nueva iglesia, no solamente desistió de exigirme sesenta liras, sino que de las trece que le ofreciera cuando se encargó de restaurarlo, se contentó con solas diez, diciéndome al devolverme las otras tres:

—Quiero ser el primero en contribuir para la edificacion del nuevo templo.

Y aquellas tres liras del pobre Galella fueron efectivamente las primicias del arte que á su vez había de glorificar con sus ricas labores el Santuario de Pompeya. ¡Oh! Si nuestro buen pintor hubiese podido darse cuenta de la dicha que le cabía en ser él el primero que habría la lista de

artistas italianos que con su gratuito trabajo en este Santuario eternizan sus nombres en la tierra y en los cielos! ¡Qué contento el que ciertamente hubiera experimentado considerándose el destinado por la Providencia para la primera restauracion de una imágen que, poco despues, había de recibir el culto y la veneracion de tantas y tan diversas naciones!

Era el mes de Febrero: el cuadro ya estaba pronto; el diploma de ereccion de la tan anhelada Cofradía, con el visto bueno del diocesano, ya se nos había remitido; no faltaba, pues, más que bendecir la imágen y establecer canónicamente la Cofradía del santo Rosario, dedicándole un altar para colocar en él la efigie de la Virgen del mismo título, haciendo de este modo valederas las indulgencias otorgadas por la santa Sede á las Cofradías de este nombre. Pero aun para esto surgieron nuevas dificultades.

No había sino dos altares en la pequeña iglesia parroquial: el altar mayor, recientemente construido de mármol por la ántes mencionada Pía Union de Señoras, que estaba dedicado al S. S. Salvador y servía para el Reservado, y el otro costeadado por los pobres labriegos, que estaba dedicado al gran Patriarca de Asís, San Francisco.

Despues de conferenciar con los señores sacerdotes y el anciano cura párroco detenidamente, se acordó acudir al Ilmo. Señor Obispo de Nola, suplicándole muy encarecidamente nos autorizase para sustituir la imágen del Serafin llagado de Asís con la de la Sma. Virgen del Rosario, siquiera hasta que se construyese la primera capilla del nuevo santuario de la Majestad divina.

El acuerdo tomado, fué del agrado de los parroquianos; y se notificó á toda la vecindad del Valle, por medio del pregon, que el Domingo segundo de Febrero—que coincidía aquel año con el dia 13 del mes—se reuniesen todos en la iglesia parroquial para establecer á voz del pueblo—como era costumbre— *La Compañía* del Santísimo Rosario.

Elegí precisamente ese dia, por ser el de la fiesta de una ilustre y gloriosa vírgen de la Tercera Orden del inclito Guzman, Sta. Catalina de Ricci, y siendo yo Terciario, aprovechaba cualquiera ocasion para promover la devocion á esta venerable Orden de Penitencia.

Llegado el dia señalado, todos se reunieron en la parroquia. Obtuve graciosamente del Señor Obispo, que el muy Rdo. P. M. Radente bendijese el cuadro. Verificado este acto, leyó el mismo Padre, en medio de las más entusiastas

aclamaciones de la muchedumbre, el diploma ó bula de ereccion, expedido por el Rmo. P. M. General de la Orden, por el cual nombraba Rector de la nueva Hermandad al R. D. Jenaro Federico, y admitía á la nueva *Sociedad del Smo. Rosario del Valle de Pompeya* á la comunión y participación de todas las indulgencias, privilegios y buenas obras de las tres Ordenes de santo Domingo.

Acto continuo agregó á la Tercera Orden al Párroco, al nuevo Rector y otras once personas del lugar, quedando con esto definitivamente erigida y establecida canónicamente la por tanto tiempo y tan ardientemente deseada Cofradía del santo Rosario. En ese faustísimo dia premió sobreabundantemente la soberana Madre de misericordia todos mis trabajos, todos mis desvelos y todos mis cuidados, inundando mi corazon con el mayor de todos los contentos, con hacerme presenciar la fundacion y el establecimiento de la Cofradía del santo Rosario, corona de mis más ardientes deseos, é institucion que le es tan cara á la soberana Reina del Empíreo, quedando con ella implantados los benéficos ramos de la venerable Orden del gran Patriarca Santo Domingo de Guzman, que es la mística escalera de santos para subir á la bienaventurada pátria celestial.

¡Oh! ¡Y qué contento, qué satisfecho volvería á Nápoles mi querido y suave Director de mi alma á referir, con su acostumbrada gracia, á sus hermanos de religion su grande é inesperada aventura, cómo aquel viejo y polvoriento cuadro que había comprado por tres liras, había servido nada menos que para inaugurar en Pompeya la pía Asociacion ó Compañía del Smo. Rosario.

Tan humildes principios tuvo la Confraternidad del Smo. Rosario de Pompeya, y sin embargo, y en tan poco tiempo háse propagado no solo por toda la Italia, sino tambien por toda la extension de la tierra, pudiendo decirse de esta institucion lo que la increada Sabiduría afirma de Sí misma: «He dilatado como el terebinto mis ramas, y son estas llenas de honor y de gracia; *Ego quasi terebinthus extendi ramos meus, et rami mei honoris et gratiae* (1); pues ha extendido por todo el mundo sus hermosas y fructíferas ramas, cobijando bajo su beneficosa sombra á muchísimas almas, como que cuenta más de medio millon de inscriptos, y entre éstos á muchos Obispos y Cardenales, Príncipes y Soberanos, y el más glorioso é ilustre nombre de este siglo, el augusto Representante y Vicario de Jesu-Cristo, nuestro venerado Pontífice Leon XIII — q. D. g. —

(1) Lib. Eccles., cap. 24, v. 22.